

---

Cotufas, palomitas,  
pochoclo, maíz pira  
(Una modesta sugerencia para afianzar  
el porvenir de la lengua española)

Mario Jursich

I

En 1899, en un salón parisino, el filólogo colombiano Rufino José Cuervo se reunió con Francisco Soto y Calvo, una figura menor pero muy activa de la literatura rioplatense. Durante la velada, Soto y Calvo le leyó el manuscrito de *Nastasio*, un extenso poema que estaba a punto de aparecer en una imprenta especializada de la ciudad de Chartres.

Cuervo le escuchó con atención, impresionado por la cadencia de aquellos versos que relataban las duras jornadas de un peón en la pampa. Al día siguiente le escribió a su anfitrión una carta en la que, además de agradecerle la hospitalidad recibida, le comentaba algunos pasajes que le habían impresionado. Lo que más le hizo detenerse fue, sin embargo, la intención de Soto y Calvo de añadir al final del libro «un glosario de términos poco conocidos fuera de su país»:

En todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos o formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va descaeciendo y no resiste a las influencias exóticas. Hoy, sin dificultad y con deleite, leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero, en llegando a lo familiar o local, necesitamos glosarios. Estamos, pues, en vísperas –que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas– de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio romano: hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo, y que nos obliga a sentir con el poeta: ¿Quién no sigue con amor al sol que se oculta?<sup>1</sup>

Acudir al molde de la historia grecorromana era, a finales del siglo XIX, un recurso tan habitual como eficaz para legitimar los diagnósticos sobre la lengua o la política: confería gravedad al argumento y lo situaba bajo la autoridad de un pasado venerable. Sin embargo, Soto y Calvo advirtió que, en el caso de Cuervo, no se trataba de la simple repetición de un lugar común prestigioso<sup>2</sup>. Al

<sup>1</sup> Ver Rufino José Cuervo. «Carta-prólogo», en Francisco Soto y Calvo, *Nastasio*. Chartes: Imprenta de Durand, 1899, p. X.

<sup>2</sup> Cuervo no fue el único filólogo americano en vaticinar que el futuro del español sería semejante al del latín. En este sentido, lo acompañó, entre otros, el cubano Juan Ignacio de Armas, quien en 1882 escribió que «el castellano, llamado a la alta dignidad de lengua madre», dejaría en América «varios idiomas». No precisaba cuáles serían esas lenguas, pero sugería que surgirían de las cuatro, o tal vez cinco, zonas en que dividía el continente. La primera comprendía el litoral del mar Caribe –las Antillas, Venezuela, Colombia (que entonces incluía a Panamá) y «alguna parte de Centroamérica» no especificada–; la segunda, México y el resto de la América Central; luego situaba otra, o quizá dos, en la costa del Pacífico suramericano; y una última en la región del Río de la Plata, donde «Buenos Aires... como más apartado del foco de pureza del idioma, va actualmente por delante en la natural formación de un idioma propio» (p. 6). De Armas también propuso reformas ortográficas que, como se advierte en el título de su libro *Orígenes del lenguaje criollo*, se anticiparon a las que más tarde sugeriría Juan Ramón Jiménez. Véase *Orígenes del lenguaje criollo*. La Habana: Imprenta de la Viuda de Soler, 1882, segunda edición corregida y aumentada.

fin y al cabo, el asunto iba mucho más allá de un cambio en las costumbres léxicas, ya que también planteaba la posibilidad de que el español americano y el peninsular se encaminaran, lenta pero inexorablemente, hacia una separación similar a la que habían seguido las lenguas romances respecto del latín.

Los efectos de esa emancipación podían ser de gran alcance. Apenas siete años antes, en 1892, se habían celebrado los fastos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América –o «Encuentro de Dos Mundos», como se prefiere decir hoy– y España empezaba a restablecer vínculos con sus antiguas colonias. Las condiciones de esa nueva relación eran motivo de ardoroso debate. Todo se discutía: el grado de cooperación cultural y comercial, el significado de la herencia compartida, el papel que ¿debía? desempeñar la vieja metrópoli en el porvenir político de la región...

En ese clima de gestos conciliadores y proyectos de acercamiento, la posibilidad que planteaba Cuervo suponía un abismo insalvable. Si la unidad del idioma estaba destinada a sucumbir ante las fuerzas centrífugas de la historia, ¿qué sentido tenía reconstruir una comunidad lingüística que, aun restaurada, llevaría en sí misma el germen de su desaparición? Después de todo, no sólo estaba en juego la inteligibilidad mutua entre escritores y lectores de uno y otro lado del océano, sino algo más profundo: la supervivencia de un legado compartido, capaz de resistir a la fragmentación impuesta por el tiempo, la geografía y la política.

## II

Lo curioso es que, apenas unos años antes, Cuervo había defendido exactamente lo contrario de lo que le decía a Soto y Calvo en aquella misiva. En la cuarta edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1885), había señalado con todas las letras que era

infundado el temor de que en la parte culta de América se llegue a verificar con el castellano lo que con el latín en las varias provincias romanas... la copiosa difusión de obras impresas, referentes todas más o menos a un mismo tipo, el comercio de ideas con la antigua metrópoli y el estudio uniforme de su literatura aseguran a la lengua castellana un dominio imperecedero en América<sup>3</sup>.

La cautela<sup>4</sup> con que Cuervo formulaba su nuevo punto de vista no bastó para evitar la airada reacción de varios escritores españoles, en especial la del novelista cordobés Juan Valera, quien se sintió aludido porque en la carta se afirmaba que en España apenas había «cuatro o cinco autores que leamos con gusto y provecho» (y él, por supuesto, no figuraba en tan selecto ramillete). Entre 1900 y 1903, el autor de *Pepita Jiménez* (1874) recurrió a artículos de prensa, entrevistas, recados personales e incluso al prólogo de *Reminiscencias tudescas* (1902), obra del también colombiano Santiago Pérez Triana —ajeno por completo a la disputa—, para

---

<sup>3</sup> Cfr. Rufino José Cuervo. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Chartres: Imprenta de Durán, 1885, p. XXIV. La mudanza en las opiniones de Cuervo provenía, con toda probabilidad, de las advertencias formuladas por Andrés Bello en el prólogo a su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, obra que el filólogo colombiano había prologado y editado. Bello consideraba plausible que el español se convirtiera en «una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín». Véase *Obras completas de Andrés Bello*. Caracas: La Casa de Bello, 1981, tomo IV, pp. 11-12.

<sup>4</sup> Cuervo pensaba a muy largo plazo, como lo demuestra una carta de 1903 al polígrafo argentino Ernesto Quesada: «Al hacer el cotejo entre la suerte del latín y la del castellano, tan ajeno estuve de aplaudir la disgregación de aquél como la de éste: el cotejo mismo patentiza que aún no han pasado los siglos suficientes [subrayado mío] para que la fruta se caiga de madura». Ver Mario Germán Romero (ed.). *Epistolario de Rufino José Cuervo con correspondientes hispanoamericanos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1992, tomo I, pp. 126-129.

refutar una y otra vez aquella profecía separatista y descalificar a Cuervo, al que llamaba, según la ocasión, «Jeremías» o «Casandra»<sup>5</sup>:

La corrupción del latín y el desarrollo ulterior de las lenguas romances no puede ni debe servirnos de guía para pronosticar en América la corrupción del castellano y el nacimiento y desarrollo ulterior de nuevos idiomas –apuntaba, severo, en el primero de sus textos–. El imperio de los Césares acabó y se desmembró por invasión extranjera. Pueblos germánicos y de otras razas y lenguas vinieron a establecerse en varias provincias del imperio, dando origen a nuevos estados y aún a nuevas nacionalidades; pero el imperio colonial de España ha tenido fin, dividiéndose de manera muy distinta, por obra de los mismos españoles de origen que han querido y logrado ser independientes<sup>6</sup>.

La observación le servía a Valera para sostener, a renglón seguido, que la independencia política de América no había implicado una ruptura cultural ni lingüística. Gracias a la pervivencia del legado español en ambas orillas del Atlántico, podía asegurarse que, así como en el presente convivían distintas variantes de la lengua, también lo harían en el porvenir, sin que ello supusiera una fractura, una desintegración o la imposibilidad de entendimiento.

Naturalmente, Cuervo no dejó pasar ninguna de aquellas «impertinencias», como él mismo las llamaba. Derrotado por su

---

<sup>5</sup> Valera participó en la polémica con los siguientes artículos: «Sobre la duración del habla castellana. Con motivo de algunas frases del señor Cuervo», en *El Imparcial*, Madrid, 24 de septiembre de 1930; «Carta a *La Nación*», Buenos Aires, n.º 9713, 2 de diciembre de 1900; «Prólogo» a las *Reminiscencias tudescas*, de Santiago Pérez Triana. Madrid: Librería de Fernando Fé, 1902 y «Carta a *La Tribuna*», Ciudad de México, 5 de agosto de 1902, reproducida en Rufino José Cuervo, *El castellano en América*. Buenos Aires: El Ateneo, 1947, pp. 95-104.

<sup>6</sup> Juan Valera, «Sobre la duración del habla castellana. Con motivo de algunas frases del señor Cuervo», *op. cit.*

adversario en la prensa –un terreno en el que rara vez intervenía–, replicó con dos extensos artículos publicados en el *Bulletin Hispanique* de Burdeos: primero, la notable disertación «El castellano en América» y, dos años después, una coda igualmente incisiva, «Fin de una polémica»<sup>7</sup>. (Como en el siglo XIX la velocidad de respuesta dependía de los barcos, no de la banda ancha, las polémicas se tramitaban sin prisas, bebiendo coñac y fumando puros).

«No», le respondía con mirada olímpica a su tenaz adversario. Las señales de distanciamiento entre el español americano y el peninsular no eran ni ficticias ni triviales: se percibían todos los días, estaban ganando terreno y podían acentuarse si no se actuaba con conciencia filológica y habilidad política. Pero en privado, fiel a su estilo pasivo-agresivo para enfrentar las contrariedades, reconocía que aquel «Don Juan Tenorio de las letras españolas» lo sacaba de quicio (llegó incluso a confiarle a Lorenzo María Lleras, uno de sus familiares, que «defenderse contra ese señor parecerá a algunos tan sacrílego como robarse una custodia»)<sup>8</sup>.

### III

Vista desde el incierto presente, la polémica tiene un inocultable aire de diálogo de sordos (e incluso, de opereta bufa).

Cuervo tenía apenas 55 años en aquel momento, pero el encierro constante, sumado a su creciente misantropía, lo había convertido en un filólogo huraño, que apenas toleraba las chanzas de los

---

<sup>7</sup> El primero de esos ensayos apareció en el n.º III del *Bulletin Hispanique*, correspondiente a 1901, entre las pp. 35 y 62; el segundo, en el núm. 5 de la misma publicación, correspondiente a 1903, entre las pp. 58 y 77.

<sup>8</sup> *Epistolario de Rufino José Cuervo con Lorenzo María Lleras y otros amigos y familiares*. Edición, introducción y notas de Guillermo Hernández de Alba. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1969, p. 241.

amigos y, menos aún, las críticas de los contradictores. Su bien ganada fama como autoridad en cuestiones de lengua lo llevaba, además, a mirar con displicencia a quienes, como Valera, carecían –según su docto punto de vista– de la preparación y los conocimientos necesarios para participar en un debate de tanta trascendencia como el de la posible desintegración del español en tierras americanas.

Valera, por su parte, era ya –para los estándares de la época– un anciano cuando leyó el prólogo de *Nastasio*. Acababa de cumplir 75 años y estaba casi completamente ciego. («Tendré que leerle el estudio de vuesa merced sobre el castellano en América para suplir su ceguera, que le tiene al pobre aburrido», le decía Ramón Menéndez Pidal a Cuervo en una carta del 6 de marzo de 1901)<sup>9</sup>. No parece plausible, por tanto, que hubiera podido sopesar con suficiente cuidado las eruditas respuestas que Cuervo le había dado a sus distintos artículos, ni que tuviera mayor interés en la lingüística como para prestar atención sostenida a las diferencias que el filólogo detectaba entre el español peninsular y el americano.

Esa mortal combinación de edad avanzada, problemas de visión y escaso interés por una disciplina entonces en auge, ayuda a entender su desmesurada reacción y que se pasara los últimos años de su vida atacando a quien seguramente veía –desde su encumbrada posición de literato diletante– como un obtuso académico. (En público, empero, mantenía las formas, tal como lo hacía su educado opositor: «Tal vez sea, en nuestra época, un colombiano, Rufino Cuervo, quien sabe teórica y gramaticalmente más lengua española», había escrito, en 1895, en el prólogo a *Los*

---

<sup>9</sup> Fernando Antonio Martínez. *Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo, Correspondencia epistolar*. Separata de *Theaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, 2023, tomo XXIII, Bogotá, p. 37.

*capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, del ecuatoriano Juan Montalvo)<sup>10</sup>.

Esta rivalidad, tan previsible, tan anecdótica, cambia por completo de significado cuando se proyecta sobre el telón de fondo de la crisis de 1898. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, ocurrida apenas un año antes de la polémica, había obligado no sólo a Valera, sino también al conjunto de los intelectuales peninsulares, a enfrentarse a la decadencia del antaño glorioso imperio y a emprender una dolorosa reflexión sobre la identidad y el porvenir del país. En ese sentido, más que una rencilla entre dos intelectuales cascarrabias, era el clarín que anunciaba las encrucijadas del fin de siglo. Por un lado, recordaba a los nostálgicos que la relación entre España y sus antiguas colonias ya no volvería a ser la misma; por otro, ponía de manifiesto que los intelectuales de ambas orillas pensaban la lengua compartida desde tradiciones disímiles (y acaso encontradas).

Cuervo encarnaba el empuje filológico alemán, con su vocación científica y su afán de rigor sistemático; Valera, en cambio, defendía una tradición casticista asentada en el prestigio literario, pero reacia a someterse a la disciplina de las nuevas ciencias del lenguaje. La falta de comunicación entre ambos no era, por tanto, un simple malentendido, sino el síntoma de una fractura más amplia que atravesaba a la intelectualidad española. Y aunque, por sus edades, ninguno de los dos –y en el caso de Cuervo, además, por su condición de colombiano– podía formar parte de la Generación

---

<sup>10</sup> No estaría de más añadir que, al menos desde la perspectiva de los dos polemistas, se trataba de una querrela entre patricios. Ambos habían ensalzado en distintos momentos el abolengo de sus respectivas familias: el padre de Cuervo había sido vicepresidente de la Nueva Granada, y la madre de Valera ostentaba el título de marquesa de La Paniega. ¿Cómo iban a tolerar entonces que un hidalgo rival pusiera en entredicho la dignidad que, por sangre y formación, consideraban incuestionable?

del 98, en su frustrado diálogo ya se insinuaban las tensiones que pronto desgarrarían a la promoción de Baroja, Unamuno y Valle-Inclán: la conciencia de la crisis, el peso de un pasado irrecuperable y la dificultad de aceptar que el futuro de la lengua ya no se vislumbraría únicamente desde Madrid.

#### IV

Iluminada de este modo, la polémica se convierte también en un terreno fértil para evaluar el alcance de las predicciones de Cuervo y Valera. Si se leen en clave profética, resulta evidente que Valera acertó en sus conjeturas: el español no sólo no se fragmentó, sino que se consolidó y adquirió mayor vigor al otro lado del Atlántico (un proceso que, cuando ambos escribían, estaba aún lejos de consolidarse)<sup>11</sup>. Por el contrario, si se examinan desde la evolución interna de la lengua, fue Cuervo quien supo adelantar con mayor precisión y detalle la forma distinta en que el español terminaría desarrollándose en una y otra orilla del océano.

Esa clarividencia no significa que sus temores se confirmaran: ninguno de los tres factores que, según él, anticipaban una posible fragmentación del español resultó decisivo. Ni las crecientes diferencias léxicas, sintácticas y fonéticas entre los hablantes de uno y otro continente, ni el colapso de España como centro intelectual de un imperio ya desmembrado, ni el aislamiento mutuo entre las nacientes repúblicas hispanoamericanas tuvieron una influencia determinante. Todos ellos terminaron eclipsados, uno tras otro,

---

<sup>11</sup> Contra el lugar común tantas veces repetido, la lengua española tardó en imponerse en América. A finales del siglo XIX, apenas uno de cada tres habitantes del continente la hablaba. Véanse, al respecto, los excelentes libros de Juan Ramón Lodares: *Gente de Cervantes*. Madrid: Taurus, 2001, y *El porvenir del español*. Madrid: Taurus, 2005.

por los libros, el correo, la radio, el teléfono, la televisión y, más tarde, Internet y las redes sociales. Ciento veinticinco años después, no estamos en vísperas de una desintegración del español en una constelación de nuevos idiomas nacionales ni mucho menos en la antesala de esa «hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo»<sup>12</sup>.

## V

Contra todos los vaticinios agoreros, la unidad de la lengua culta en los países hispanohablantes es hoy más firme que nunca. Las cifras hablan por sí solas: se calcula que alrededor de 595 millones de personas se expresan en español en todo el mundo. De esa cantidad, cerca de 500 millones son hablantes nativos, mientras que el resto lo ha aprendido como segunda lengua o como lengua extranjera.

Estas cifras, sin embargo, dicen poco si no se tiene en cuenta que esa comunidad no constituye una nación única, sino un mosaico de países, donde cada tesela aporta un brillo particular a la figura común de la lengua compartida. La unidad, en este caso, no equivale a uniformidad, sino a un conjunto articulado que admite sutilezas y excepciones.

Algunas de esas salvedades provienen de situaciones jurídicas. En México, por ejemplo, ese estatus no está consignado de manera explícita en la Constitución. En Colombia, en cambio, el artículo 10 de la Carta Magna establece que el español es la lengua reconocida

---

<sup>12</sup> Hace más de medio siglo, el filólogo polaco-venezolano Ángel Rosenblat constató que «El surgimiento de una lengua argentina, venezolana o mejicana no parece hoy aspiración de nadie, y quizá en serio no lo haya sido nunca. Además, en ese terreno, ¿por qué *una* lengua argentina, y no varias, si se consagran y estimulan todas las variedades regionales?». Ver «El futuro de la lengua», *Revista de Occidente*, núms. 56-57, noviembre-diciembre de 1967, p. 190.

por el Estado, aunque concede el mismo rango –en sus respectivos territorios– a las lenguas y dialectos de los grupos étnicos.

Otras responden a la convivencia con lenguas igualmente oficiales: en Paraguay, la población alterna con naturalidad entre guaraní y español; en Puerto Rico, la educación y la vida institucional privilegian el inglés, aunque la cotidianidad se vive en español; y en Guinea Ecuatorial, la incorporación del francés y el portugués obedece más a compromisos diplomáticos que a un uso real en la sociedad.

Hay también contextos en los que el español no es lengua oficial ni mayoritaria, pero sí constituye un tejido vivo en las comunidades migrantes, como ocurre en Estados Unidos –segundo país con más hispanohablantes en el mundo–, Francia, Canadá, Alemania, Suiza, Australia, Belice, Suecia, Bélgica, Israel, Andorra, Turquía y muchos más. Allí funciona como vehículo de cohesión comunitaria, de transmisión cultural y, en no pocos casos, como un capital económico y social que refuerza las redes migratorias y abre oportunidades laborales.

Y aún cabría mencionar los lugares donde su huella histórica sigue siendo visible, pese a ya no ser parte del repertorio oficial: Filipinas, Gibraltar y Guam.

Este entramado de situaciones muestra que el español se sostiene como una lengua de alcance global precisamente porque combina unidad y diversidad. Esa tensión, lejos de debilitarlo, lo ha fortalecido. La prueba está en que hoy ocupa el segundo lugar entre las lenguas maternas más habladas del mundo y el cuarto entre las lenguas en general, sólo por detrás del inglés, el chino mandarín y el hindi. Lejos de deshacerse en fragmentos, el español se ha consolidado como una lengua resiliente y expansiva, capaz de abrazar la pluralidad sin renunciar a su unidad. Los signos que Cuervo interpretaba como presagios de disgregación se han convertido, paradójicamente, en fuentes de vitalidad.

## VI

El hecho de que alrededor del 7,5 % de la población mundial se comunique en español ha alimentado un optimismo expansivo. Esa percepción nutre los discursos que exaltan la vitalidad del idioma y justifican la inversión de los Estados en su enseñanza, promoción y consolidación. Por todas partes –en los congresos internacionales de la lengua, en el anuario del Instituto Cervantes o en las declaraciones de los jefes de Estado hispanoamericanos– se celebran las supuestas virtudes intrínsecas del español: su musicalidad, su capacidad de adaptación, su vigor expresivo, su –para algunos– gramática sencilla. No es de extrañar, por tanto, que ese optimismo se haya transformado en la convicción tácita de que el español está destinado a crecer sin obstáculos.

La historia de las lenguas vivas, sin embargo, desconfía de las proyecciones triunfalistas. Ninguna lengua sobrevive –y mucho menos prospera– sólo por su número de hablantes, por su herencia literaria o por su gramática cristalina. Tampoco hay garantías de que permanezca en el centro de la conversación global simplemente porque alguna vez lo estuvo. El latín y el francés fueron, en distintas épocas, idiomas de prestigio y cultura: el primero cayó en desuso durante siglos, como observaron Cuervo y Valera; el segundo retrocedió ante el empuje de una lengua más joven, el inglés. En menos de un siglo, el francés pasó de ser el idioma del derecho, la diplomacia y el pensamiento abstracto a ocupar un lugar secundario en la ciencia, el comercio internacional y las plataformas tecnológicas.

No se trató de un proceso inevitable ni estrictamente lingüístico: pese a sus méritos culturales, la pérdida de centralidad tuvo causas que iban más allá de la gramática o la fonética y remitían directamente a las políticas estatales. Al fin y al cabo, ninguna lengua es un oasis: sobrevive o desaparece según existan políticas públicas

encaminadas a fortalecerla dentro de la comunidad que la habla y programas consistentes para aumentar su prestigio en el exterior, es decir, su atractivo como lengua de aprendizaje. En otras palabras, la suerte de un idioma depende tanto de sus cualidades internas como del andamiaje institucional que lo sustenta.

## VII

En este contexto, aunque el español respeta formalmente la legítima e inevitable diversidad de cada región e incluso de cada hablante, sigue estando expuesto a tensiones que pueden debilitarlo, como ocurría en la época de Cuervo y Valera. La acción disolvente que el primero detectaba en las variantes americanas ha sido reemplazada en la actualidad por nuevas fuerzas centrífugas: en el caso de España, las provenientes del euskera, el catalán, el gallego y otras lenguas autonómicas frente a la lengua común; y en el caso de América, las ejercidas por algunas lenguas indígenas, como el quechua, el aimara o el maya, que desafían el principio de cohesión lingüística continental<sup>15</sup>.

Por ahora, es imposible prever el desenlace de las iniciativas destinadas a reforzar las lenguas familiares frente a la lengua común en ambos continentes. En materia lingüística, como demuestran numerosos ejemplos, suele saberse cómo comienzan los procesos, pero rara vez cómo terminan. De ese núcleo de tensiones surge la pregunta decisiva: ¿qué se podría hacer en este momento para, por una parte, asegurar –o, al menos, consolidar– la unidad interna del español y, por la otra, aumentar su prestigio internacional, de modo que más hablantes extranjeros lo escojan como segunda lengua?

---

<sup>15</sup> Juan Ramón Lodares ofrece una descripción detallada de ambas tensiones en su libro *El paraíso polígloa* (Madrid: Taurus, 2000).

## VIII

Para responder a esa pregunta, la polémica entre Cuervo y Valera funciona como una clave de bóveda. Ninguno de los dos podía saber, debido a la ausencia de censos especializados, que en el amanecer del siglo XX estaba comenzando a producirse un desplazamiento del centro de gravedad del idioma. El español, que durante siglos había sido la seña de identidad de la Península, la «compañera del imperio» de Nebrija, empezaba a convertirse en una lengua principalmente *americana*, tal y como sugerían todas las cifras, incluso las más aproximadas. En aquel momento, la población de España rondaba los dieciocho millones de habitantes, mientras que la de América Latina y las islas caribeñas de habla española casi quintuplicaba ese número.

No todos los habitantes de las antiguas colonias hablaban español, ni la lengua estaba tan afianzada como en la actualidad, pero el proceso de desplazamiento ya era irreversible. En este sentido, más que una discusión sobre si las variaciones entre el español de ambos lados del Atlántico conducirían a su fragmentación en múltiples lenguas, la polémica entre Cuervo y Valera debería entenderse como un debate sobre las consecuencias que ese desequilibrio demográfico terminaría produciendo.

Sin perder de vista que el Atlántico no traza una frontera lingüística y que la comunidad hispanohablante es, en última instancia, un conjunto a pesar de sus múltiples matices, no cabe duda de que el primer cambio instaurado por aquella querella fue abolir la antigua distinción entre metrópoli y periferia. Al entrar en crisis esa distinción colonial, Cuervo –quizá sin proponérselo– puso sobre la mesa la necesidad de pensar la lengua más allá de la norma hispanocéntrica, lo que implicaba equiparar el español de España con el de América. Sus observaciones filológicas indicaban claramente que, de ahí en adelante, todos los acuerdos

sobre la lengua debían tomarse entre una veintena de países y no entre dos regiones.

Con las previsibles reticencias en ambas orillas del Atlántico, este fue el camino que se consolidó poco a poco a lo largo del siglo XX, primero mediante contactos académicos bilaterales y luego con una institucionalidad cada vez más sólida. A la fecha, todas las Academias de la Lengua consensúan de manera colegiada las normas y recomendaciones en pie de igualdad, como parte de una política lingüística que reconoce la pluralidad del español y su proyección mundial. Pero ese consenso, valioso y necesario, ya no es suficiente. El siglo XXI plantea a la comunidad hispanohablante un reto distinto: imaginar un horizonte común para una lengua que nunca había sido tan vasta ni tan diversa.

## IX

En tiempos de Cuervo y Valera, el principio de autoridad lingüística estaba encarnado en la *Gramática* y en el *Diccionario* de la Real Academia Española. Cuando Cuervo escribió su carta a Soto y Calvo, la edición vigente de la *Gramática* era la vigésima; al año siguiente, en 1900, apareció la vigésima primera; casi de inmediato, en 1901, la vigésima segunda; y en 1904, cuando –con cierto margen en las fechas– concluyó la polémica, vio la luz la vigésima tercera.

En cuanto al *Diccionario*, la edición que Cuervo y Valera consultaban era, sin duda, la duodécima, publicada en 1884, aunque en 1899 apareció la decimotercera. La sucesión de tantas ediciones en tan poco tiempo respondía al auge de la filología en aquellos años y a la necesidad de incorporar lo que entonces se empezaba a llamar «americanismos». Estos ya figuraban, en número limitado, en el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) –*aguacate, batata, papa,*

*sabana*–; sin embargo, sólo a partir de la duodécima edición, la de 1884, comenzaron a incluirse marcas específicas de países y zonas supranacionales, en lugar de la abreviatura generalizada «Amér.».

La reticencia a reconocer tanto el aporte léxico como las singularidades del español americano no se debía exclusivamente al deseo de mantener una subordinación a la norma peninsular, como si la *Gramática* y el *Diccionario* fueran el último bastión del imperio ya caído. También influyeron factores internos: las vicisitudes que atravesaron ambos proyectos académicos –documentadas en los reglamentos de la casa, en los registros de tareas y en las propias obras–, la falta de conciliación de puntos de vista (evidente para el lector actual), la inactividad denunciada por varios de los académicos y las dificultades inherentes a la empresa de «producir las grandes obras de la lengua española». Todo ello contribuyó a que las reformas doctrinales tardaran en incorporarse tanto al *Diccionario* como a la *Gramática*.

De manera tímida desde 1914, y con mayor decisión a partir de 1951, cuando se fundó la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), se fue avanzando hacia una política panhispánica que superara la tendencia prescriptivista de la lexicografía hispánica –presente incluso en el lema de la RAE: «Limpia, fija y da esplendor»– y diera respuesta a los reparos formulados por Cuervo.

La consecuencia más relevante de esta evolución es que, desde mediados del siglo XX, se pasó de la antigua subordinación a la norma peninsular a la mucho más fértil consigna de unidad en la diversidad. Este nuevo espíritu se refleja ya en la última edición del diccionario académico, publicada en 2014, cuyo título pasó de *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) a *Diccionario de la Lengua Española* (DLE).

## X

Existe, pues, la necesidad de proponer una obra lexicográfica de otro tipo y con fundamentos distintos. Para ello no será preciso volver a las «guerras idiomáticas» del siglo XIX –en las que Cuervo y Valera se involucraron con la misma pasión que los soldados de las guerras de independencia–, ni emprender otra de las incontables reivindicaciones nacionalistas articuladas a través de la lengua. En la hora actual, todo tiende hacia la convergencia. El nuevo libro, de ningún modo, reemplazaría la *Gramática* o el *Diccionario* de la RAE; tan sólo les serviría de complemento, a modo de una recién inventada trinidad de la lengua española. Su propósito explícito sería abolir la dicotomía entre metrópoli y periferia, entre imperio y provincias de ultramar, trasladada al plano lingüístico. En ese nuevo esquema ya no existiría una norma peninsular de obligado cumplimiento y unas variantes americanas (o filipinas, o estadounidenses, o ecuatoguineanas) subordinadas a ella. Desaparecerían la noción de españolismos y americanismos<sup>14</sup>, así como los rezagos que convierten al *Diccionario* de la RAE, todavía hoy, en un diccionario nacional de España con la pretensión de ser un diccionario general del español.

Este nuevo libro tendría, inevitablemente, una perspectiva internacional de la lengua. Con ello atendería al paulatino desplazamiento del centro de gravedad lingüístico que comenzó en tiempos de Cuervo y Valera, al avance del español en Estados Unidos y en otras regiones donde ha sido históricamente minoritario, y, por

---

<sup>14</sup> En un artículo ya clásico, Juan Miguel Lope Blanch señaló la inconsistencia con que el *Diccionario* de la Real Academia Española trata los regionalismos: registra todos, excepto los españolismos. Véase «Americanismo frente a españolismo lingüísticos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, t. XLII, 1995, pp. 433 y ss.

supuesto, a esa riquísima variedad que antaño se creyó capaz de fragmentar la lengua común en varios idiomas. Pero, de manera explícita, se abstendría de imponer una nueva hegemonía derivada del peso demográfico de los hablantes americanos. Si el proyecto aspira a ofrecer una visión globalizadora del idioma, no puede reproducir, aunque sea al revés, la situación del siglo XIX, sometiendo ahora a los hablantes españoles a los designios idiomáticos del otro lado del Atlántico. Para que el español siga siendo una de las cuatro lenguas más importantes del mundo, acreciente su prestigio y gane nuevos hablantes, debe concebirse como una empresa común, fruto de la participación y el aporte de todos quienes lo usan, sin importar el país donde vivan.

## XI

Esa obra existe, al menos en su sentido platónico. El filólogo mexicano Raúl Ávila la describió por primera vez en 1998, en su artículo «Españolismos y mexicanismos: hacia un diccionario internacional de la lengua española», publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*<sup>15</sup>. La propuesta fue muy bien recibida apenas se lanzó, pues en los pocos ejemplos expuestos se entreveía el potencial de un instrumento capaz de ofrecer una visión distinta y más ecuménica que la del *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia.

El DILE contó en sus inicios con el apoyo de la Universidad de Leipzig y, más tarde, con el respaldo de El Colegio de México, la Universidad de León y otras veintiséis instituciones. Sin embargo, nunca llegó a concretarse, ni como obra lexicográfica ni como portal propio, lo que demuestra –por si hiciera falta– la dificultad

---

<sup>15</sup> Véase *Nueva Revista de Filología Hispánica*. México, t. XLIV, 1998, pp. 395-406.

de llevar a cabo un proyecto de tal envergadura. Esa frustración, no obstante, no significó que la idea se desvaneciera: en otros lugares y bajo otros impulsos, continuaron surgiendo iniciativas afines que mantenían vivo el mismo espíritu.

Hoy, la propuesta más cercana a lo que podría haber sido el DILE se encuentra en el *Proyecto VARILEX (Variación léxica del español en el mundo)*, dirigido por el profesor japonés Hiroto Ueda y un equipo de la Universidad de Tokio<sup>16</sup>. Iniciado en la década de 1990, su versión más reciente, *Varilex XXV*, tiene el mérito adicional de no haber surgido en Madrid ni en ninguna de las capitales consagradas de la filología hispánica, sino en ámbitos académicos periféricos, menos sujetos a inercias institucionales y más abiertos a la experimentación. De ahí que funcione como un auténtico laboratorio de la lengua: a diferencia de los diccionarios tradicionales —que definen palabras y las ordenan alfabéticamente—, Ueda y su equipo registran, mediante encuestas, la variación léxica del español en distintas ciudades del mundo (*¿móvil/celular?*, *¿auto/coche/máquina?*, etc.), así como la convergencia o divergencia en el uso de ciertos términos<sup>17</sup>.

Algunos casos, pese a su presentación técnica, resultan especialmente ilustrativos de esa diversidad verbal que, con humor, lleva a decir que el español es la lengua que divide a los hispanoamericanos. Según las encuestas de VARILEX, un concepto como

---

<sup>16</sup> La presentación más completa sobre VARILEX puede consultarse en Hiroto Ueda y Antonio Ruiz Tinoco, «VARILEX. Variación léxica del español en el mundo. Proyecto internacional de investigación léxica», en *Pautas y pistas en el análisis del léxico hispanoamericano*, eds. Raúl Ávila, José Antonio Samper, Hiroto Ueda et al. Madrid: Iberoamericana; Fráncfort del Meno: Vervuert, 2003, pp. 141-278.

<sup>17</sup> Según las cifras publicadas en su portal, VARILEX ha recopilado más de 10.000 datos lingüísticos y ha identificado 981 conceptos mediante encuestas realizadas en 61 ciudades de 21 países.

«granos de maíz que al tostarse se abren en forma de flor» se materializa de la siguiente manera en el mundo hispanohablante:

Variantes léxicas de «granos de maíz que al tostarse se abren en forma de flor»

<i>Variante</i>	<i>Población (miles)</i>	<i>%</i>	<i>Núm. países</i>	<i>Países (siglas)</i>
Cabritas de maíz	14.996	4	1	CH
Canchita	26.198	7	1	PE
Canguil	12.360	3,3	1	EC
Cotufas	23.596	6,3	1	VE
Maíz pira	39.172	10,5	1	CO
Palomitas	166.403	44,7	6	ES, GE, MX, NI, CR, CH
Palomitas de maíz	187.968	50,5	10	ES, GE, RD, PR, MX, EL, NI, CR, PN, CH
Pipocas	13.784	3,7	2	BO, PA
Pochoclo	36.202	9,7	1	AR
Pop	3.333	0,9	1	UR
Popcorn	32.876	8,8	3	PR, PN, PE
Poporopo	12.408	3,3	1	GU
Pororó	9.437	2,5	2	PA, UR
Rosita de maíz	19.766	5,3	2	CU, RD
TOTAL	372.344	100	—	—

Como se ve, el término más extendido es *palomitas* o, si se quiere precisar, *palomitas de maíz*, aunque el contexto suele volver innecesaria la especificación. Ese término lo entienden sin dificultad hablantes de distintos países y funciona, en la mayoría de los casos, como una especie de denominador común que asegura la comunicación. Sin embargo, esa aparente universalidad se quiebra en situaciones donde el léxico local introduce distinciones más finas. El problema de comprensión aparece en países como Bolivia, donde, gracias al milenario cultivo del maíz y al rico léxico que éste ha generado, se diferencia entre *pipocas* (pequeñas) y *pasancallas*

(grandes). Allí, el uso de la palabra *palomitas* –ajena y poco aceptada por el oído local– exigiría, además, introducir la distinción de tamaño, que para un hablante de fuera puede parecer un matiz secundario, pero que para los del país no es menor. Cabe añadir que la encuesta de VARILEX no incluye la variante *crispeta*, muy común en el español coloquial colombiano pero casi desconocida en el resto de América Latina, ni la modalidad *cocaleca*, que en Panamá nombra a un molusco y en República Dominicana designa al maíz pira.

Este ejemplo, risueño y acotado, ilustra los alcances de un instrumento como el DILE. Sería una fuente de consulta indispensable para los hablantes –nativos o extranjeros– que viajan a países distintos del suyo y desean adaptarse a los usos lingüísticos locales. También tendría un valor incalculable para los proyectos que requieren un español comúnmente comprensible, como los noticieros internacionales de CNN en Español, la BBC, la Deutsche Welle o Radio Vaticana. Más allá de su aplicación práctica, tanto los hablantes como las empresas exportadoras, las multinacionales de telecomunicaciones, los medios audiovisuales, las editoriales, los traductores, las compañías que desarrollan sitios web en español y quienes diseñan sistemas de procesamiento del lenguaje natural, como ChatGPT, Claude o Gemini, necesitan una guía objetiva y fiable que identifique qué varía y qué permanece constante en la lengua a escala internacional.

El DILE no sería sólo una herramienta técnica: materializaría los reclamos de Rufino José Cuervo y su aspiración de que, en cuestiones de lengua, se tengan en cuenta todos los usos de las regiones hispanohablantes. Sería un espejo fiel del mundo hispánico, un modelo que no privilegia una sola norma, sino que adopta un enfoque policéntrico y descentralizado. Sólo así el español podrá afrontar los retos de la globalización y aprovechar plenamente un factor a menudo pasado por alto: el potencial económico de que

casi seiscientos millones de personas puedan comerciar, comunicarse y crear sin ningún tipo de barrera lingüística<sup>18</sup>.

## XII

El estado embrionario del *Diccionario Internacional del Español* (DILE) no sólo revela sus inevitables limitaciones iniciales, sino que también pone de manifiesto desarrollos aún incipientes que requieren mayor rigor metodológico. No es lo mismo sumar diez países pequeños que un solo país con cien millones de hablantes. El ejemplo es claro: «palomitas de maíz» aparece como el término más común no sólo porque se extiende por varios territorios, sino porque dentro de esos territorios figuran pesos pesados demográficos como México o España. En cambio, «pochoclo», que parece un localismo reducido al Cono Sur, representa casi un 10 % del total gracias a la enorme cantidad de argentinos que lo pronuncian con toda naturalidad. En suma, para un DILE no basta con contar banderas en el mapa: hay que ponderar la masa crítica de hablantes que sostiene cada forma y calibrar su peso real en el conjunto del idioma.

El DILE también debería evitar la falsa ilusión de las fronteras nítidas. En la vida real los hablantes son mucho más indisciplinados y móviles. En Colombia, como ya se anotó, «maíz pira» sobrevive en los libros de texto, pero en la calle todo el mundo pide

---

<sup>18</sup> El Power Language Index (PLI), de Kai L. Chan, mide el «poder» de 124 lenguas en cinco pilares: geografía, economía, comunicación, conocimiento, medios y diplomacia. En la puntuación global, el español ocupa el cuarto lugar (tras el inglés, el mandarín y el francés). En el pilar económico (capacidad para generar y captar valor económico, PIB de los países que utilizan la lengua, finanzas, comercio, etc.), el español ocupa el quinto lugar, por detrás del inglés, el mandarín, el alemán y el japonés.

«crispetas». En Chile conviven «cabritas», «palomitas» y «popcorn» según la sala de cine que se escoja. De allí se sigue que un DILE serio no puede limitarse a trazar fronteras nacionales, sino que debe reconocer la diversidad intranacional: no basta con consignar «en tal país se dice así», porque lo cierto es que en cada país conviven varias lenguas bajo una misma bandera.

Otro límite evidente es la sombra del inglés. «Popcorn», «pop», «poporopo»... La globalización cultural no pide permiso. Microsoft, Hollywood, Netflix, las cadenas de cine y la publicidad actúan como canales de difusión que propagan estas voces. Un DILE actualizado no sólo debería registrar el préstamo, sino también su genealogía: el origen, el medio de difusión y los ámbitos de uso. El préstamo no es simplemente un «sinónimo»: constituye, además, una huella de época. ¿De verdad la palabra «cotufas» proviene del inglés *corn to fry* y fue introducida por los capataces norteamericanos en los campos petroleros de Venezuela? ¿O se trata, más bien, de una de esas ingeniosas –aunque falsas– etimologías populares?

El inglés no es la única frontera lingüística del español. Por eso, el DILE debería examinar si «pipocas» nació como una invención del genio idiomático boliviano o si, por el contrario, se trata de un préstamo del portugués brasileño incorporado al léxico nacional a través de los numerosos pasos fronterizos que Bolivia y Brasil comparten a lo largo de casi 3.500 kilómetros. En el mismo sentido, el DILE podría esclarecer si «crispetas» es un colombianismo genuino o si llegó al habla del país a través del catalán, donde a las palomitas de maíz se les llama, con una vocal cambiada, «crispetes».

También se debería considerar lo afectivo: no todas las variantes pesan igual en el corazón de los hablantes. «Rositas de maíz» y «cabritas» evocan una ternura infantil que «maíz pira» no logra ni de forma aproximada. Hay términos técnicos, neutros, casi administrativos; y otros, familiares, cariñosos, juguetones. Un DILE, si

quiere ser más que un inventario de formas, tendría que anotar estas connotaciones pragmáticas, porque el valor cultural de una palabra reside tanto en su tono como en su forma.

Además, como ninguna encuesta puede cubrirlo todo, un posible DILE tendría que abrirse a mecanismos de actualización permanente, incluso participativos: corpus digitales, colaboración ciudadana, monitoreo de redes. Sin esa renovación constante, correría el riesgo de convertirse en un monumento estático, incapaz de representar el pulso del habla viva.

Finalmente, está el problema de la comprensión intercultural. En Bolivia, como se vio en la tabla de VARILEX, no basta con decir «palomitas»: es preciso distinguir entre «pipocas» y «pasancallas». Lo que en España designa un producto simple y sin matices, en los Andes se desdobra en realidades distintas que remiten a tradiciones, formas de preparación y contextos de consumo específicos. Un DILE riguroso debería acompañar sus listados con glosas explicativas que muestren no sólo coincidencias, sino también divergencias que pueden entorpecer la comunicación.

Quizás el mayor reto sea metodológico. VARILEX nos da una pista con sus encuestas comparativas, pero un DILE tendría que ir más allá: corpus digitales masivos (prensa, televisión, subtítulos, redes), georreferenciación de usos en mapas interactivos, marcas de vitalidad (si la palabra está en retroceso o si es emergente). Sólo así se tendría un diccionario verdaderamente internacional, a la altura de una lengua que se parece más a un archipiélago que a un continente.

### XIII

La dimensión prescriptiva de la *Gramática* y del *Diccionario* de la Academia ha distorsionado, en buena medida, el propósito original

de la labor de gramáticos y lexicógrafos, hasta convertir ambas obras en objeto de recelo y menosprecio cultural. ¿Cuántos, hoy en día, acuden realmente a un prontuario o a un lexicón –en papel o en línea– al componer un texto? Esta percepción se agudizó a partir de la segunda mitad del siglo XX. Al concebirse la lengua como una expresión de la libertad humana, todos los intentos por someterla a un sistema articulado de restricciones han acabado, más pronto o más tarde, por perder legitimidad.

Es necesario, pues, partir de una visión pesimista: para la mayoría de los hablantes cultos de español, tanto la *Gramática* (a pesar de su completa renovación) como el *Diccionario* (no obstante sus muchos cambios) siguen viéndose como un conjunto de normas para «usar bien» el idioma. Por eso mismo, las reglas que proponen se perciben, en gran medida, como carentes de validez funcional y alejadas de los usos reales, incluso entre las personas educadas.

Pero no hay que resignarse, por supuesto, a esa mirada pesimista. Durante siglos, el actual DLE se concibió como un repertorio léxico y como una herramienta intelectual. De ahí que la idea de darle, por fin, existencia tangible al DILE pueda poner de relieve su otra faceta: la de símbolo de un patrimonio lingüístico y cultural.

En la historia de las lenguas, no sería la primera vez que un avance técnico o una obra concreta contribuye a cohesionar a una comunidad dispersa. La imprenta –en cuanto medio de comunicación masiva– desempeñó un papel decisivo en la consolidación de los nuevos Estados nacionales. De manera análoga, no es improbable que, con el auxilio de un instrumento como el DILE, la comunidad de hablantes del español se reconozca en un espacio común de palabras y significados que trascienda fronteras y diferencias, alimentando así un sentimiento de pertenencia que ningún otro medio cultural logra con igual fuerza. Ese reconocimiento compartido podría, además, servir de antídoto contra la fragmentación y

actuar como puente entre generaciones y regiones distantes. Después de todo, las lenguas –más que imponerse– se comparten, y en ese gesto reside su verdadera capacidad de seducción.

¿Cuervo y Valera habrían visto con simpatía el DILE? Es imposible saberlo con certeza. Pero, atendiendo a lo que dejaron escrito en la polémica, quizá habrían aplaudido que el español de España y de América, así como el de los Estados Unidos, Filipinas, Guinea Ecuatorial y tantos otros lugares, se viera como una unidad capaz de expresar, sin menoscabo de su fortaleza, sus muchas (y deliciosas) variantes léxicas.

En 1885, cuando Cuervo llevaba ya dos décadas viviendo en París, Charles Cretors presentó una máquina portátil de tostar granos que pronto se volvió parte inseparable de los parques públicos en Europa y Estados Unidos. Cabe imaginarlos a él y a su encarnizado rival paseando por el Bois de Boulogne, con un cucurucho en las manos, enumerando entre risas, después de cada bocado: *cotufas*, *palomitas*, *pochoclo*, *matz pira*... Como si cada palabra –y el sabor que la acompaña– fuera un pasaporte instantáneo a los rincones donde florece la lengua española.

M. J.